

# Mujeres y “cuestión social” en el catolicismo social español: los significados de la “obreroa”

Women and the “social question” in Spanish social Catholicism: the meanings of the “woman worker”

Inmaculada Blasco Herranz

Universidad de La Laguna.

Recibido el 14 de mayo de 2009.

Aceptado el 7 de julio de 2009.

BIBLID [1134-6396(2008)15:2; 237-268]

## RESUMEN

Un rasgo distintivo de la cultura política católica finisecular fue el movimiento católico, que, relanzado en la última década del siglo XIX, se interesó, entre otros asuntos, por la candente “cuestión social”, para cuya solución en católico la *Rerum Novarum* ofrecía principios y orientaciones. Este artículo examina cómo, desde comienzos del siglo pasado, comenzó a despuntar el problema de “la mujer que vive de su trabajo” como uno de los más acuciantes dentro de la problemática más general acerca de la cuestión social. Los publicistas católicos sociales crearon en sus escritos los rasgos específicos de la “obreroa”, y recrearon, desde una perspectiva hiperrealista, las condiciones de vida de la misma. El objetivo era conmover, despertar la compasión de unas damas caritativas a las que se llamaba a intervenir para solucionar una realidad social de nuevos contornos, la cuestión social femenina, desde los también renovados planteamientos de la acción social católica.

**Palabras clave:** Cuestión social. Catolicismo. España. Obreroa. Familia. Maternidad. Diferencia sexual. María de Echarri.

## ABSTRACT

A distinctive feature of Catholic political culture at the end of the 19<sup>th</sup> Century was the Catholic Movement. Relunched in the last decade of the century, it took interest in the “social question”, for which *Rerum Novarum* offered Catholic principles and directions. This article analyses how, from the beginning of the last century, arose “the working woman” as one of the most urgent problems inside the more general social question. Social Catholic writers created in their books and articles the features of the “working woman”, and recreated, from a hyperrealistic focus, her life conditions. The aim was to arouse compassion of charitable women who were called to solve a new social reality, the female social question, guided by the renewed positions of social Catholic action.

**Key words:** The social question. Catholicism. Spain. Woman worker. Family. Maternity. Sexual difference. María de Echarri.

## SUMARIO

1.—Los católicos y el problema de la obrera dentro de la “cuestión social” renovada. 2.—La obrera y la familia en el discurso católico. 3.—La obrera como trabajadora a domicilio. 4.—María de Echarri: testigo y voz de las obreras. 5. Conclusiones.

### *1.—Los católicos y el problema de la obrera dentro de la “cuestión social” renovada*

Desde la última década del siglo XIX las obreras se convirtieron en un tema central del discurso renovado sobre la cuestión social en España<sup>1</sup>. Que los reformistas sociales habían colocado el trabajo de la mujer en el núcleo de su preocupación por la cuestión social lo revela el hecho de que la primera legislación al respecto que fue aprobada en España, junto con la de accidentes de trabajo, fue la relativa a la protección del trabajo de mujeres y niños en 1900. De la misma manera que reformistas sociales pertenecientes a diferentes culturas políticas compartieron una misma visión sobre la existencia del problema social y la necesidad de buscar soluciones al mismo<sup>2</sup>, krausistas, católicos sociales y regeneracionistas también

1. Renovado porque la concepción de la cuestión social (y de sociedad que la fundamenta) a finales del siglo XIX se había modificado si la comparamos con su definición a comienzo de dicha centuria. A finales del ochocientos, se impuso una visión de la sociedad como entorno social que condicionaba a los individuos —y, por lo tanto, afectaba a la situación de los trabajadores—. De ahí que se hiciera pertinente la observación para la posterior intervención sobre dicho entorno con el fin de modificarlo. Acerca de la génesis y difusión de la noción de sociedad o “ascenso de lo social” sobre el que se fundamentó la “cuestión social”, véase KAUFMANN, Laurence y GUILHAUMOU, Jacques: *L'invention de la société: nominalisme politique et science sociale au XVIIIe siècle*. Paris, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2004; BAKER, Keith: “Enlightenment and the institution of society: Notes for a conceptual history”. En KAVIRAJ, Sudipta y KHILNANI, Sunil (eds.): *Civil Society. History and Possibilities*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 84-104; POOVEY, Mary: “Lo social y el sujeto civil liberal en la filosofía moral británica del siglo XVIII”. *Ayer*, 62 (2006), pp. 139-164; y CABRERA, Miguel Ángel y SANTANA, Álvaro: “De la historia social a la historia de lo social”. *Ayer*, 62 (2006), pp. 165-192.

2. La emergencia de “ideologías reformistas” (krausismo liberal, catolicismo social y corriente difusa del regeneracionismo) en GUILLÉN, Ana: *El origen del Estado de Bienestar en España (1876-1923)*. Madrid, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, 1990. La colaboración práctica de reformistas de distintas procedencias, en MONTERO, Feliciano:

coincidieron en sostener concepciones similares acerca del trabajo de las mujeres. Se entendía que éste, sobre todo el de las casadas y el desarrollado en fábricas, constituía un problema de suma importancia dentro la cuestión social<sup>3</sup>. En la medida en que podía hacer peligrar la vida familiar, el buen desempeño de las funciones maternas y el adecuado desarrollo de unos atributos femeninos naturalizados, había que afrontarlo ofreciendo soluciones precisas en el sentido de limitarlo<sup>4</sup>. Si bien los matices de la imagen dibujada y de las soluciones ofrecidas marcaron las diferencias entre unos y otros, todos ellos hicieron de las obreras y sus condiciones de vida un objeto de observación y estudio, y las convirtieron en medio de representar, junto a la familia, ideas sobre el orden social, la organización social adecuada, la miseria y la explotación<sup>5</sup>.

La atención prestada por los católicos a las obreras se inscribía dentro de una transformación conceptual experimentada por la cultura política católica, que, en España, apenas comenzaba a asimilar las nuevas orientaciones de la *Rerum Novarum*. No es que la encíclica ofreciera soluciones nuevas a la vieja problemática del pauperismo, sino que hacía emerger un nuevo problema, el de las clases obreras afectadas por la industrialización y el liberalismo económico (es decir, por un entorno social hostil), que además mostraban cada vez mayor antagonismo respecto a las clases propietarias y

---

“Conservadores y liberales ante la ‘cuestión social’: el giro intervencionista”. *Revista de Filología Románica*, II, 14 (1997), pp. 493-504 (aquí, p. 494).

3. La visibilización de la trabajadora, al ser concebida como un problema, fue un fenómeno que tuvo lugar en otros países europeos en diferentes momentos del siglo XIX, como ha estudiado SCOTT, Joan W.: “La mujer trabajadora en el siglo XIX”. En DUBY, George y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las Mujeres. El siglo XIX*, IV, Madrid, Taurus, 1993, pp. 427-461. En cuanto a cómo funcionaron los significados de género en la configuración y desarrollo de las diferentes culturas políticas modernas, véase BLASCO, Inmaculada: “Mujeres y culturas políticas: el movimiento católico en el cambio del siglo XIX al XX”. En: *Femmes et Cultures politiques. Espagne XIX-XXI<sup>e</sup> siècles* (coloquio *Femmes et Cultures politiques. Espagne XIX-XXI<sup>e</sup> siècles*, enero, 2008, en prensa).

4. Cuando se hablaba de “proteger” el trabajo de la mujer quería decirse generalmente limitarlo o, si se quiere, proteger a la mujer de las peores consecuencias del trabajo para su feminidad. Mercedes Arbaiza ofrece varios ejemplos del discurso que mantuvieron sobre el trabajo femenino organismos e informadores gubernamentales como la Comisión de Reformas Sociales. Véase ARBAIZA, Mercedes: “La ‘cuestión social’ como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”. *Historia contemporánea*, 21 (2000), pp. 395-458.

5. La imagen de la obrera elaborada por la economía política francesa a mediados del siglo XIX así como los significados que a ella se asociaron para aludir al desorden sexual y social, es analizada por SCOTT, Joan W.: “‘L’ouvrière! Mot impie, sordide...’ Women workers in the discourse of French Political Economy, 1840-1860”. En SCOTT, Joan W.: *Gender and the Politics of History, Revised edition*. Nueva York, Columbia University Press, 1999, pp. 139-163 (aquí, p. 162).

empresarios. En otras palabras, la *Rerum Novarum* suponía la plasmación doctrinal en una encíclica papal de un cambio de mayor trascendencia en la concepción de la cuestión social por parte del catolicismo, que conllevaría modalidades de actuación inéditas. Signos de los cambios en los significados de la cuestión social fueron el surgimiento de nuevas preocupaciones como la distinción entre caridad y acción-justicia social, la aceptación del intervencionismo Estado, la aparición del concepto de salario justo y la legitimidad de la asociación profesional<sup>6</sup>.

Las actuaciones del catolicismo social fueron dirigidas a solucionar estas cuestiones, y estuvieron guiadas por cambios conceptuales de mayor calado. Así, la nueva concepción del trabajador como ser humano con derecho a una vida digna puso en cuestión la exclusiva legitimidad de las obras benéficas para afrontar la pobreza, pues ahora “se trata de hacerle justicia” (al obrero, y, para algunos autores, como veremos, también a la obrera)<sup>7</sup>. La formulación de la sociedad como un entorno que condicionaba la vida individual y colectiva de los trabajadores, y que podía ser modificada a partir de una observación científica, sentó las bases para la aceptación y aliento dados a la intervención estatal y a la reforma social planificada. Por último, la apreciación de que el liberalismo había generado una nueva relación entre patronos y obreros, potencialmente amenazante para el orden social, exigía modificaciones en los comportamientos adecuados atribuidos a cada grupo, así como en la manera de entender la caridad por parte de las clases pudientes<sup>8</sup>.

6. Aunque en los Congresos Católicos se mantuvo la ambigüedad entre caridad y acción social-justicia, se insistió en distinguir entre ambas. Síntoma de ello fue la constitución, en el Congreso Católico de Zaragoza de 1890, de una sección específica dedicada a la cuestión social y separada de la de “asuntos de caridad”. Feliciano Montero ha detectado una “nueva conciencia” en la progresiva aceptación del intervencionismo del Estado, del salario justo y la legitimidad de la asociación profesional, frente a criterios tradicionales benéfico-caritativos. MONTERO, Feliciano: “Catolicismo y reforma social en España en el tránsito del siglo XIX al XX”. En: *De la Beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 167-176 (aquí, p. 167).

7. ECHARRI, María de: “Acción social de la mujer”. En: *Semana Social de España. Segundo Curso*, Valencia, 12-19 de diciembre de 1907, Zaragoza, Tipografía de Mariano Salas, 1908, pp. 417-448.

8. En una conferencia impartida a las señoras de Pamplona, Echarri reproducía las palabras del papa Pío X: “Decid a nuestras mujeres cristianas (...) cuánto les recomiendo la acción social; ya no basta que se encierren en obras de beneficencia propiamente dichas, donde siempre existe la separación de rangos, la superioridad del que da, la inferioridad del que recibe (...) Yo les pido que vayan al pueblo, que le hablen, que le presten servicio con verdadera fraternidad cristiana, según lo dice el espíritu del evangelio”. Citado en MARTÍN GAMERO, Amalia: *Antología del feminismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1975, p. 186.

Estos cambios en la visión de la cuestión social, y en los conceptos a partir de los cuales ésta se articuló, se vieron condicionados por ideas en torno a la familia y al género muy precisas<sup>9</sup>. Y, a su vez, éstas fueron redefinidas o reforzadas por la asimilación de nuevos significados relativos a la cuestión social. Así, el trabajador como ser humano productivo con derecho a una vida digna fue establecido en contraste con la definición de la obrera como no productiva, pensada en calidad de madre, esposa y responsable máxima del mantenimiento material y espiritual de la familia, en la medida en que se entendía que la obrera era el complemento perfecto del obrero (según un patrón de diferencia sexual ya consolidado). La amenaza del trabajo femenino para el desempeño de una función socialmente relevante como era el cuidado de la familia llevó a reforzar ese patrón de diferencia sexual y la maternidad como atributo de feminidad, entendida cada vez más como una responsabilidad social en la que había que educar a las mujeres. Aunque hubo ocasiones, como analizaremos en la publicística de Echarri, en las que ese mismo concepto de ser humano productivo fue aplicado a las obreras, lo cual permitió verlas como explotadas (por unos empresarios egoístas y por un entorno socio-laboral hostil), y reclamar mejoras laborales, así como impulsar la sindicación femenina.

Fue en los Congresos Católicos, que desempeñaron un importante papel en el relanzamiento del movimiento católico a finales XIX, cuando los católicos comenzaron a mostrar preocupación por la “cuestión social” en la línea de la *Rerum Novarum*. Sobre todo en el Congreso de Tarragona de 1894 se produjo una “asimilación madura y profunda de la *Rerum Novarum*”, en cuanto a los temas tratados y a los principios doctrinales subyacentes a la misma<sup>10</sup>. ¿Cuándo apareció la figura de la obrera y cómo fue representada en el discurso católico sobre la cuestión social? Precisamente en los Congresos Católicos encontramos una preocupación específica, aunque muy marginal,

9. Acerca de la necesidad de incorporar un análisis de género en la explicación de la configuración de la cultura política católica en general, véase BLASCO, Inmaculada: “‘*Sí, los hombres se van*’: discursos de género y construcción de identidades políticas en el movimiento católico”. En NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy*. Murcia, Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia, 2008 (CD-Rom).

10. Montero alude (reproduciendo los términos del propio Congreso de Tarragona, como nuevos temas y principios, al “concepto cristiano del trabajo como ‘destino natural del hombre y uno de los fines racionales de su existencia’, y la dignidad subsiguiente del trabajador, o la definición específica de la cuestión social como ‘el antagonismo...entre capital y el trabajo, entre patrono y obrero, entre las clases acomodadas y desvalidas’”. MONTERO, Feliciano: “El primer catolicismo social español, 1875-1912”. *Corintios XIII. Revista de teología y pastoral de la caridad*, 62/64 (abril-diciembre 1992), pp. 119-150 (aquí, p. 131)..

por las “obreras” (definidas de una manera muy precisa, como veremos más adelante) como parte de la cuestión social. Fue en Tarragona donde, dentro de la demanda de leyes reguladoras de la mejora de las condiciones de trabajo, se presentó la del descanso dominical y el establecimiento de jurados mixtos, la protección del “trabajo de la mujer y los niños”<sup>11</sup>.

Este mismo contexto finisecular constituyó el marco para la proliferación de conferencias y publicaciones de libros y folletos, traducidos del francés o elaborados por los propagandistas católicos españoles, así como artículos en revistas católico-sociales, dedicados al tratamiento de la problemática específica de la obrera. ¿Cómo fue definida y qué implicaciones tuvieron los significados asignados a la obrera para la formulación y resolución de la cuestión social? ¿Cómo se convirtió el trabajo femenino en un problema social más y qué soluciones se ofrecieron? En la citada obra propagandística, oral y escrita, se fueron perfilando dos planteamientos en torno a la obrera. Por una parte, fue concebida como madre y esposa siguiendo el patrón del discurso de la domesticidad y del modelo de ángel del hogar consolidado desde los años sesenta del siglo XIX; desde esta perspectiva, situaron la familia como uno de los ejes de la cuestión social, tal y como venían haciendo, por otra parte, otros reformistas sociales. Por otro lado, se definió un estereotipo de obrera —principalmente de la aguja— que aparecía representada como víctima de unas condiciones de trabajo y de vida extremadamente duras e injustas, y que, en todo caso, necesitaba de ayuda para mejorar su situación y orientar adecuadamente su vida. Perfectamente compatibles (incluso se combinaban en un mismo autor), ambas posiciones, que serán analizadas en los dos próximos epígrafes, generaron toda una serie de prácticas como la aceptación de legislación estatal en esta materia, la inclusión de la enseñanza doméstica en la instrucción de las obreras y el impulso del sindicalismo católico femenino.

## 2.—*La obrera y la familia en el discurso católico*

El primero de estos planteamientos lo encontramos en la conferencia impartida por el penitenciario de la Catedral de Gerona en el Congreso Católico de Sevilla de 1892. Antonio Oms consideraba a la obrera no como trabajadora, sino como mujer del obrero y madre de familia, núcleo material y moral del hogar familia. El problema de la obrera surgía, por lo tanto, desde una reflexión en torno al impacto que las transformaciones en las relaciones laborales y productivas (industrialización) habían producido

11. MONTERO, Feliciano, “Catolicismo y reforma social en España...”, p. 174.

sobre la familia obrera. En esta reflexión, la importancia de la familia para la cuestión social, y, en general, para la vida nacional, resultaba central.

No era nueva, desde luego, la visión católica de la familia como fundamento del orden social<sup>12</sup>. Lo que sí que resultaba inédito, en el ámbito del catolicismo español, era la consideración de la misma como parte de la renovada cuestión social, y más precisamente, la idea de que el deterioro de la familia agravaba el problema de los trabajadores. Una visión que no era exclusiva de los católicos, sino que fue también compartida por otros reformadores sociales, liberales y conservadores. Es probable que los católicos asimilaran, al menos en parte, la visión de los economistas políticos decimonónicos, pues una de las fuentes de autoridad a la que recurrieron los propagandistas del catolicismo social para respaldar este argumento fue Jules Simon, el político republicano francés cuya obra contribuyó a la formulación de la economía política gala a partir de la segunda mitad del siglo XIX. A finales del ochocientos, Victor Van Tricht, un jesuita belga cuyas conferencias familiares fueron traducidas al castellano por la Imprenta del Corazón de Jesús de Bilbao, rescataba de Simon su consideración, veinticinco años atrás, de que el origen de toda miseria era la supresión de la vida de familia, y, en consecuencia, “el medio más seguro para triunfar del pauperismo será sin duda alguna facilitar á los obreros esa vida de familia”<sup>13</sup>.

Producto de la reconceptualización que experimentó la idea de familia al pasar por el tamiz de la “nueva cuestión social”, aquélla se transformó

12. Como afirmaba el jesuita Mir y Noguera: “Si no hay vida doméstica no hay vida nacional, social o política”. MIR Y NOGUERA, Juan: *El triunfo social de la Iglesia católica*. Tomo primero, Madrid, Saenz de Jubera Hermanos-Editores, 1910, p. 417.

13. Simon se expresaba de la siguiente manera: “Hay (...) en nuestra organización actual, un vicio horrible, cabeza y como fuente de toda miseria, que por lo tanto hay que procurar extirpar á toda costa. Es la supresión de la vida de familia (...)”. Tanto esta cita como la del texto eran reproducidas por VAN TRICHT, Victor: *La obrera. Conferencia familiar*. Bilbao, Imprenta del Corazón de Jesús, s/f, pp. 11-12. Sobre Jules Simon. Joan Scott ha analizado precisamente la obra que debió consultar Van Tricht, *L'Ouvrière*. La historiadora investiga cómo fueron usadas, por parte de la economía política francesa, imágenes de la diferencia sexual para representar y significar la dimensión moral del problema obrero. SCOTT, Joan W.: “‘L'ouvrière!...’”. En 1893, el historiador de tendencia católica Georges Goyau destacaba el influjo de J. Simon sobre los impulsores del catolicismo social en Europa: “En 1869, an temps ou M. Jules Simon passait pour un radical dangereux, digne des méfiances du clergé français, l'archeveque Ketteler citait aux ouvriers catholiques d'Allemagne le livre de L'Ouvrière : il leur montrait, a l'aide de ce livre, les funestes effets qui se produisent lorsque la mère n'est plus une mère, lorsqu'elle n'est qu'une ouvrière; et il demandait que les mères et les jeunes filles ne fussent plus employées dans les fabriques”. GOYAU, Georges (Léon Gregoire, pseudónimo): *Le Pape, les catholiques et la question sociale*. Paris, Librerie Académique Didier, 1893.

también, como puede apreciarse en los textos analizados, en un motivo para destacar la dimensión moral del problema social, es decir para referirse al mismo como una cuestión que no podía circunscribirse exclusivamente a razones materiales y económicas, y que por lo tanto su solución era también moral. Dicho de otra forma, apelando a la familia se hacía referencia con facilidad tanto al carácter como a la solución moral de la cuestión social. Se reconocía que la miseria material, las largas jornadas laborales y los bajos jornales constituían una de las claves que explicaban el problema social, pero que lo que contribuía a agravarlo era, sin duda, el alejamiento del obrero de su hogar por no encontrar en él refugio y acogida cálida. En cambio, si llegaba a su casa y era recibido en un hogar cómodo y ordenado, se vería capaz de soportar mejor toda aquella adversidad material y su vida sería más feliz:

Lo que va debilitando y consumiendo al obrero con la miseria, es verdaderamente ese abandono casi necesario en que viven sus hijos, es la licenciosa vida del padre y de la madre, la embriaguez y demás vicios que de ordinario acompañan, más que la disminución del jornal y la falta de descanso...Pues, ¿quién no ve que se cortaría de raíz el mal, si se llegase á establecer de nuevo entre los obreros la vida de familia cristiana? <sup>14</sup>.

En vista de la importancia de la familia para la vida del obrero, y del impacto de su deterioro sobre el problema social, la solución que se proponía era promover entre los obreros la vida en familia. Esto significaba hacer posible la existencia de un hogar ordenado, limpio, acogedor, cálido, humano, concebido como un refugio frente a las inclemencias del duro trabajo exterior:

El medio más seguro para triunfar del pauperismo será sin duda alguna facilitar á los obreros esa vida de familia. Porque si es verdaderamente cruel la suerte del pobre obrero que, al fin de un día entero de trabajos y fatigas sin cuento, no descubre otra perspectiva que una miserable posada, ó una taberna ó una choza, cambia por completo la escena si, al retirarse de los trabajos del día, abriga la seguridad de encontrar en su casa ó habitación corazones verdaderamente amantes, cuidadosos y atentos: esa felicidad, en una palabra, verdadera y sólida que únicamente puede dar la familia y cuya falta con nada se puede suplir” <sup>15</sup>.

14. VAN TRICHT, Victor: *La obrera*, p. 12.

15. *Ibidem*, p. 11



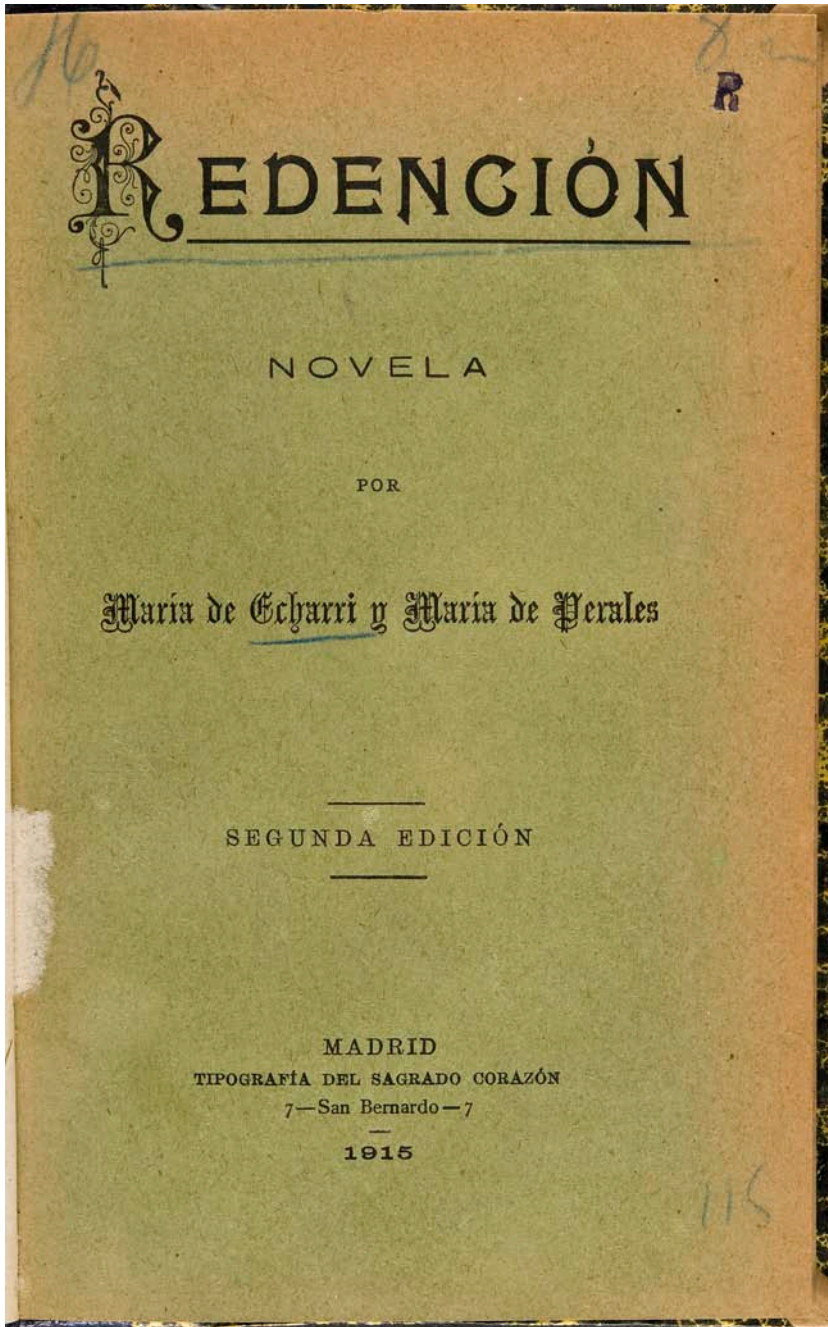
La concepción de familia obrera sostenida por los católicos a finales de siglo era, en esencia y salvo matices, muy similar a la que podían haber mantenido otras culturas políticas decimonónicas como la liberal y la republicana. La familia constituía, como ya se apuntó, la piedra angular de la sociedad, un espacio pseudosagrado, que mantenía su propio equilibrio interior gracias a su carácter de ente casi impermeable con respecto al espacio social y al ámbito público. Pero se convirtió en algo más al hilo del impacto de la industrialización y la visibilización de los males que el liberalismo económico había acarreado: un espacio de protección material y espiritual para el obrero, y al mismo tiempo, un lugar tremendamente vulnerable a los peligros derivados del nuevo modo de producción.

En relación con esto último, los católicos describieron con detalle el proceso de embrutecimiento personal que sufrían obreros y obreras bajo el régimen de producción industrial moderno, y las terribles repercusiones que aquél acarrea sobre el hogar doméstico. El deterioro físico y moral de la vida familiar resultaba fulminante: a los pocos meses de recién casados, los esposos llegaban a casa exhaustos del trabajo, sin la cena preparada, con el hogar sucio y desaliñado; él se iba a la taberna, de la que volvía borracho, lo cual desencadenaba discusiones, insultos, peleas, e incluso abandono de los hijos e hijas:

Hemos visto no pocas veces volver al padre de familia, cansado del trabajo del día y no encontrar en su hogar ni buena comida, ni cama limpia; el fuego no ardía, la cena se componía de un pedazo de queso y pan ó un poco de sopa, resto del almuerzo..., los niños sin lavar lloraban de hambre, el cuarto no estaba aseado, ni en orden... Consecuencia de todo ello: disputa del marido y mujer, los reproches del primero se mezclaban con los gritos de la segunda, y el marido, harto de semejante infierno, tomaba la puerta y en la taberna ahogaba el disgusto en vino y se acostumbraba á lo que jamás se hubiese acostumbrado si hubiera encontrado su casa aseada y confortable<sup>16</sup>.

Estos relatos sobre el deterioro de la vida familiar se apoyaban, y al mismo tiempo fueron reforzando, una visión del obrero bondadoso en esencia, pero fácilmente expuesto a la inmoralidad, los vicios (taberna) y la irreligiosidad (ideologías “ateas”), así como propenso a ser arrastrado

16. De ahí la importancia concedida a la Enseñanza Doméstica para evitar la desintegración de la familia. Echarrri reproducía las palabras de madame A. Godefroy en uno de los últimos congresos sobre Reforma Social en Francia. ECHARRI, María de: “Acción Social de la Mujer”, p. 435.



Echarri, María de y Perales, María de: *Redención*, segunda edición, Tipografía del Sagrado Corazón, Madrid, 1915.

por diversas tentaciones (codicia, diversión, insubordinación). Por ello, se consideraba de manera implícita que necesitaba de una fuerza moral que, radicada en el hogar, funcionara como refugio, apoyo y resistencia a tales amenazas. Un obrero así concebido necesitaba una esposa obrera dotada con las virtudes apropiadas para reconfortarle espiritualmente e inocularle prudencia y sensatez ante cualquier tentación revolucionaria:

(...) este pobre obrero tiene corazón grande, generoso y franco como el vuestro, y necesita algo más que el jornal. Necesita una compañera cariñosa y tierna que le tienda sus brazos á la vuelta del trabajo, y con palabras de amor derrame en aquel corazón fatigado las dulzuras regeneradoras del cariño (...) una mujer cariñosa y prudente que le aconseje en sus resoluciones, le iluminen en sus dudas, y sea su ángel custodio y de paz en los trances difíciles, en las tentaciones de la codicia y en las excitaciones á la insubordinación<sup>17</sup>.

Pero sobre todo, estas visiones de la familia obrera vulnerable y amenazada, fuente de la problemática social existente, contribuyeron a fortalecer y difundir una concepción de la obrera como la esposa que se debía al obrero (a un obrero necesitado de la calidez física del hogar doméstico al volver del trabajo y de la seguridad espiritual que lo librara de las múltiples tentaciones externas); y como la madre cuya misión consistía en atender física y educar moralmente a sus hijos (unos hijos que también estaban expuestos a constantes amenazas en la forma de mortalidad, promiscuidad e inmoralidad en las fábricas). Las obreras fueron caracterizadas como ángeles del hogar, naturalmente dotadas para infundir bienestar, alegría y felicidad en el ámbito doméstico, para conservar la tradición, y transmitir a sus hijos valores y virtudes cristianas (si bien a estos ángeles plebeyos se les asignaba, como vimos, tareas menos elevadas como encargarse de la limpieza y orden de la casa):

De la mujer del obrero sale, como de un centro, todo lo que da al obrero luz, vida, ánimo y felicidad... Á ella viene á buscar refugio el padre de familia en los duros trances de la vida... Á sus brazos acuden los hijos como los pajarillos medrosos acuden por la noche á las alas de su madre, después de haber estado volando por el día... En ella se conserva viva la tradición... Solo ella es quien da á los niños con la leche de sus pechos el alimento del corazón, la fe, la piedad, el respeto y la obediencia... Sí; ella es la que verdaderamente va poco á poco formando la familia... ha de ser la mujer quien ha de formar la familia, y, por tanto, si se ha de

17. VAN TRICHT, Victor: *La obrera*, p. 19.

restaurar la familia cristianamente, es menester salvar y librar á la mujer de los peligros constantes de la obrera...<sup>18</sup>.

Si cuando se hablaba de la obrera se entendía la esposa del obrero, definida a partir de una concepción moderna de mujer plasmada en la imagen del ángel del hogar, ¿qué pasaba cuando la obrera trabajaba? “¿Qué hacer con la obrera?”, se preguntaba Van Tricht. El trabajo de las mujeres casadas en las fábricas fue presentado no sólo como incompatible sino también atentatorio contra la naturaleza femenina y el buen desempeño de la misión de ella derivada (el cuidado físico y espiritual del hogar, y la crianza de los hijos), y, en consecuencia, como uno de los mayores peligros para la familia cuya salud tanto dependía de la obrera-esposa-madre. De manera que la obrera que se veía obligada a trabajar acababa convirtiéndose en un ser desnaturalizado, desviado de su verdadera naturaleza y progresivamente desprovisto de las virtudes por aquélla conferidas, que le permitían atender adecuadamente sus obligaciones de madre y esposa:

Otro elemento contrario al ideal de familia en la práctica de la vida es el trabajo en las fábricas de la mujer casada. La mujer para no degenerar de su tipo ideal y ser, como debe, la dulce compañera del hombre, necesita de la casa y de su ambiente, como las plantas de su clima y la flor de sus tegumentos. ¿Cómo podrá la esposa obrera ofrecer a su marido la suya, aseada y apetecible, o mejor, cómo no tenerla desaseada y mugrienta, si pasa todas las horas útiles del día en las cuadras, de las que sale con los brazos cansados, la cabeza atontada por la monotonía del trabajo, y el corazón oprimido, sin acción y sin libertad, por el ritmo invariable de los grandes talleres? ¿cómo podrá la madre obrera criar y educar a sus hijos, que es la primera y dulcísima misión de la mujer en el mundo y donde brillan las dotes de su corazón privilegiado? Ah! Si alguna madre obrera, al tomar a su hijo en los brazos en las horas de descanso, no siente las ilusiones de todas las madres, sino que calcula fríamente los jornales que ha perdido para poner aquel su hijito en el mundo, ¡qué rebajamiento tan profundo revelaría este desvío de las facultades afectivas en el corazón de aquella infeliz madre! En ningún caso me parece laudable el trabajo de la mujer en los centros fabriles; sobre este punto en que están grandemente interesadas la producción y la moral, y merecería por sí solo todo un discurso, me limitaré á presentar dos observaciones tomadas de fuentes tan seguras como...<sup>19</sup>.

18. VAN TRICHT, Victor: *La obrera*, p. 13.

19. “Discurso del M.I. Sr. D. Antonio Oms, penitenciario de la Catedral de Gerona”. En: *Crónica del Cuarto Congreso Católico Español (celebrado en Tarragona en 1894)*.

El autor de las palabras citadas, Antonio Oms, recurría a dos voces de autoridad muy reveladoras de cómo su argumento combinaba viejas y nuevas concepciones católicas en torno a la feminidad. La primera era la clásica fuente del Génesis, que atribuía a los hombres el castigo del trabajo y a las mujeres el de la reproducción: “parirás con dolor y estarás bajo la potestad del varón”. La segunda la constituía la más dulcificada del papa León XIII, con su mensaje de protección hacia un ser socialmente débil cuya misión era exclusivamente doméstica, en el que podemos apreciar la asimilación de la visión burguesa moderna de la complementariedad entre los sexos y de la domesticidad como atributo femenino<sup>20</sup>. Esta apreciación se sustentaba sobre una visión de la diferencia sexual según la cual, mientras que la misión del hombre se definía en razón del trabajo productivo, la de la mujer era la maternidad y la familia.

Porque atentaba contra la familia, alejaba a la mujer-madre de su verdadera naturaleza y misión, y ponía en peligro la moralidad femenina, los publicistas católicos se mostraron muy reticentes ante el trabajo de las mujeres, sobre todo el de las casadas en las fábricas. Y las diferentes soluciones que propusieron para solucionar tal “problema” tuvieron como horizonte utópico la protección de la familia obrera y la preservación del ideal de mujer doméstica. La mejor solución era intentar prohibir el trabajo en la fábrica para las casadas, o regularlo para mantener intactos en la mayor medida posible esos atributos femeninos naturalizados, mientras que se aceptaba e incluso alentaba la dedicación a trabajos relacionados con labores “propias de su sexo”. Así, Agustí Robert afirmaba que “el trabajo extradoméstico de la mujer es la disolución de la familia; por eso debiera proscribirse en absoluto, con la sola excepción de las labores propias de su sexo (modistas, sombrereras, encajeras, etc.) y aun en estos casos solamente á las solteras, con determinadas condiciones de edad, local, etc., á fin de

---

Tarragona, Establecimiento Tipográfico de F. Arís e Hijo, 1894, pp. 365-375 (aquí, p. 370). También Max Turmann, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Friburgo (Suiza), cuya obra se convirtió en uno de los referentes sobre el tema en España, desaconsejaba el trabajo para la casada, pues “impide desempeñar como es debido sus deberes de esposa y madre”. Este descuido del hogar, de los hijos, del marido, contribuía, según él, a la disociación familiar. TURMANN, Max: *Iniciativas femeninas. Tomo I*. Madrid, Saturnino Calleja Fernández, p. 171. Unos años más tarde, Mir y Noguera, que se apoyaba en este punto en Turmann, también subrayaba dicha incompatibilidad afirmando que el trabajo de la mujer la deterioraba porque le impedía cumplir su misión en el hogar. En MIR Y NOGUERA, Juan: *El triunfo social de la Iglesia católica*, pp. 416-418 y 545-553.

20. Decía el papa en 1889: “Lo que sobre todo importa es, que, por medio de reglamentos y medidas equitativas y prudentes, se proteja á los obreros jóvenes, á la debilidad y á la misión puramente doméstica de la mujer”. En “Discurso del M.I. Sr. D. Antonio Oms...”, pp. 371.

poner a salvo su salud y su moralidad”<sup>21</sup>. O, como decía Mir y Noguera, el objetivo del descanso dominical y de reglamentar el trabajo mujeres y niños, era “devolver las esposas á los hogares, las madres á las cunas de sus niños, y facilitarles á éstos formación física y moral”<sup>22</sup>. Para Van Tricht, el trabajo sólo resultaba lícito para completar el jornal del marido (por necesidad), siempre que se la protegiera de los abusos, se prohibieran los trabajos “superiores a sus fuerzas y perjudiciales á su salud, y contrarios á la vida honrada y honesta de la mujer”, y se incentivaran aquellos que “reclaman de su delicadeza y destreza sin igual de sus manos”<sup>23</sup>.

Además de aceptar y alentar la intervención estatal dirigida a “proteger” el trabajo de las mujeres, otra solución que se propuso fue introducir la enseñanza doméstica como base esencial de la educación femenina para contribuir a la resolución de la cuestión social. Por ejemplo, el Apostolado del S. Corazón y San Ignacio de Loyola y las escuelas dominicales eran consideradas por María de Echarri una “obra social por excelencia” porque “educar a la madre, enseñarla sus deberes de cristiana, hacerla comprender su misión en la tierra, es como hemos dicho y repetimos ahora, una acción social, real y positiva, que esa mujer a la cual enseñamos la doctrina y con ella la paciencia, la resignación, el buen humor para aguantar los chubascos conyugales, será a su vez apóstol en su hogar acerca del compañero de su vida, y sabrá inculcar á sus hijos aquellas máximas que aprendió y supo aprovechar”<sup>24</sup>.

En síntesis, este planteamiento de la obrera como madre y esposa del obrero, columna vertebral de una familia que se consideraba como pieza central para solucionar el problema social, reforzó el rechazo no al trabajo

21. ROBERT I SURÍS, Agustín: *A las clases directoras de Barcelona*. Barcelona, B.A. López Robert Impresor, 1904, p. 22 (Citado en GARCÍA CHECA, Amelia: *Ideología y práctica de la Acción Social Católica femenina (Cataluña, 1900-1930)*. Málaga, Universidad de Málaga, 2007, p. 223. Véase, de esta obra, pp. 222-226 sobre la “Iglesia y el trabajo femenino”).

22. MIR Y NOGUERA, Juan: *El triunfo social de la Iglesia católica*. p. 416. Describía los esfuerzos de los católicos sociales europeos por legislar contra el trabajo de la mujer, para que volviera al hogar, y se lamentaba de que tan solo hubieran logrado la prohibición del trabajo nocturno.

23. VAN TRICHT, Victor: *La obrera*, pp. 64-65.

24. ECHARRI, María de: “Acción social de la mujer”, p. 435. La creación de instituciones de educación para cultivar las virtudes de madres-esposas, de forma que la familia no estuviera nunca desatendida, es sugerida también por VAN TRICHT, Victor: *La obrera*, p. 77. La enseñanza doméstica estuvo inicialmente dominada por contenidos relativos a virtudes morales deseables en una buena esposa y madre como las que se subrayan en el texto citado (la paciencia, la resignación, el buen humor). A ellas se fue añadiendo una formación más técnica y práctica: educar a las obreras en el ahorro y la economía doméstica. Véase al respecto, GARCÍA CHECA, Amelia: *Ideología y práctica...*, pp. 131-144.

femenino en general sino al trabajo femenino en las fábricas desempeñado por parte de las mujeres casadas. La feminización del trabajo fabril contemplado a través de las lentes de un ideal de domesticidad exclusivo alarmó a los católicos, que desarrollaron una visión de incompatibilidad entre el trabajo en la fábrica y la realización de la naturaleza femenina. El trabajo en fábricas estaba asociado a inmoralidad, promiscuidad, convivencia de sexos, falta de higiene, deterioro de la maternidad, y, sobre todo, alejamiento, durante largas jornadas, del hogar doméstico en el que debían plena atención al cuidado del marido y crianza de los hijos, estaban protegidas y nutrían su dignidad como sexo. Así pues, el trabajo en esas condiciones no hacía sino contribuir a transformar a la obrera en un ser abyecto, desnaturalizado de su verdadera esencia, la domesticidad y la maternidad, en una no-mujer.

De ahí el refuerzo de la diferencia sexual, y del ideal de domesticidad y maternidad —regenerar a la obrera en tanto que madre— no sólo ante la problemática específica del trabajo femenino sino frente a la más global de la cuestión social. Las palabras de la propagandista católica francesa Mme. Gautier de Lacaze, reproducidas en varias ocasiones por María de Echarri, resultan reveladoras a este respecto: “tenemos la pretensión, y la seguridad, en tanto que es posible, de resolver solos el problema social, por medio de la mujer, transformándola en verdadera madre de familia, económica, habilidosa, preocupada de sus deberes”<sup>25</sup>. Con la mujer encargada exclusivamente del bienestar de la familia, el obrero sería feliz, no iría a la taberna, su corazón se volvería resistente a las ideologías ateas y revolucionarias, y la familia estaría moralmente protegida frente a cualquier amenaza del mundo moderno industrializado.

### 3.—*La obrera como trabajadora a domicilio*

Otro planteamiento, casi siempre complementario del anterior, lo fueron desarrollando los católicos sociales españoles en las dos primeras décadas del siglo XX, a partir de las traducciones y lecturas de la obra de autores extranjeros, franceses y belgas principalmente, que abordaron el problema de la trabajadora dentro de la cuestión social<sup>26</sup>. En realidad, la concepción de mujer subyacente en estos trabajos era muy similar a la ya expuesta, pues se entendía que las trabajadoras eran ante todo madres y esposas

25. ECHARRI, María de: “Acción social de la mujer”, p. 435.

26. Destacamos aquí a autores como José Elías de Molins y María de Echarri. Entre los católicos sociales extranjeros más citados, sobresalen José Biederlack (profesor de la Universidad Gregoriana de Roma), y los ya citados Victor Van Tricht y Max Turmann.

obligadas a trabajar fuera del hogar, en fábricas y talleres, una actividad que las desviaba del adecuado desempeño de su más alta y natural misión, la maternidad. Además, como la mujer casada en la fábrica constituía un problema social debido a la promiscuidad y al alejamiento del hogar familiar, los católicos sociales centraron parte de sus esfuerzos en facilitar que la obrera permaneciera dentro o cerca del espacio doméstico, y realizara trabajos “apropiados a su sexo”, lo cual se tradujo en talleres pequeños o a domicilio —oficio de la aguja—.

De manera que la obrera a la que hacían referencia (a veces implícitamente) los publicistas católicos, y de la que acabaron ocupándose, fue la obrera a domicilio, la del taller de costura. El trabajo de la aguja resultaba más aceptable porque, en comparación con la laxitud moral y los peligros para la salud de las trabajadoras, y de las madres en particular, que encerraban las fábricas, aquél parecía respetar en mayor medida las normas de moralidad, decoro y asignación nítida y separada de atributos y espacios de género<sup>27</sup>. Así que el problema del trabajo femenino terminó por quedar circunscrito, para los católicos sociales, a la cuestión de la trabajadora de la aguja —y a las soluciones que podían ofrecerse para mejorar su penosa situación a través de la legislación y el asociacionismo obrero—<sup>28</sup>. Esto se tradujo en el desplazamiento de la preocupación desde el problema inicial del trabajo de la mujer en la fábrica hacia el de las trabajadoras a domicilio o en talleres, dedicadas a la confección de ropa de diverso tipo.

En comparación con otras “descripciones” de la obrera, como la efectuada por la economía política francesa a mediados del siglo XIX, que las representaba como tentadoras, pasionales, asociadas a la prostitución, al desorden sexual y social, etc., las obras analizadas definían a las obreras (trabajadoras a domicilio) a partir de una visión más acorde con el ideal de domesticidad. Y, a diferencia de la visión católica anteriormente expuesta,

27. Aunque, para Elías de Molins, si bien “la teoría rechaza, en general, el trabajo en la fábrica, sobre todo de la mujer casada, por ser contrario a la familia, y proclama como excelso el trabajo en el mismo hogar (...) hechos numerosos, evidentes, ponen de manifiesto en las grandes urbes los abusos, la miseria, las llagas sociales anejas al trabajo de la mujer en su domicilio, que ha hecho, si no bueno, cuando menos más aceptable el trabajo femenino en las fábricas y talleres”. ELÍAS DE MOLINS, José: *La obrera en Cataluña, en la ciudad y en el campo. Orientaciones sociales*. Barcelona, Imprenta barcelonesa, Barcelona, 1913, p. 30.

28. Un ejemplo muy elocuente de esto es el de José Elías de Molins, quien comenzaba su libro haciendo referencia a las trabajadoras de la fábrica (recurriendo a los estereotipos de la prostitución, la promiscuidad, el desorden sexual y la insubordinación social), pero dedicaba el grueso del mismo a describir y dar soluciones a lo que se había presentado como la más digna y conveniente ocupación para las mujeres (en pequeños talleres o a domicilio), cuyas condiciones de desempeño eran consideradas, sin embargo, como injustas e inhumanas.





*La Srta. María de Echarri pronunciando su Discurso*

Echarri, María de: *El trabajo a domicilio de la mujer en Madrid*, Tip. de El Correo de Andalucía, Sevilla, 1909

que pensaba a la obrera exclusivamente en torno a los deberes familiares, se centraron en subrayar el hecho de que habían sido unas adversas circunstancias económicas familiares provocadas por factores sociales externos (las prácticas del liberalismo económico y el proceso de industrialización) las que habían obligado contra su voluntad a esposas y madres a apartarse de su verdadera misión<sup>29</sup>. Al volcarse en presentar pormenorizadamente la situación miserable, sobre todo material, de las trabajadoras, éstas parecían, más que culpables del abandono del hogar, víctimas de una situación no deseada ni propiciada por ellas.

29. BIEDERLACK, José, S. J.: *La cuestión social. Principios fundamentales para su estudio y solución* (traducida de la séptima edición alemana por P. Antonio de Madariaga, profesor de la Universidad Pontificia de Burgos y D. Pedro de Obregón, capitán de Artillería. Burgos, Tipografía El Castellano, 1908, p. 292.

Se había producido una modificación en el tratamiento de la obrera (aunque lo que se tuviera en la cabeza cuando se hablaba de obrera fuera, la mayor parte de las veces, la trabajadora a domicilio). La valoración del problema partía no de la misión que, como madres, debían asumir dentro del hogar doméstico, sino de la realidad que, como madres obligadas a trabajar contra su voluntad, debían afrontar y resolver. Esto último permitió, por ejemplo, que algunos propagandistas aplicaran a las obreras, como veremos más adelante, la misma consideración que a los obreros, es decir, como seres humanos que viven de su trabajo con derecho a un salario y condiciones laborales dignos, sin que ésta resultara incompatible con su conceptualización en tanto que madres y esposas.

Por otra parte, que “la mujer que vive de su trabajo” fuera objeto de atención exclusiva de estas narraciones revelaba que se había convertido en un nuevo sujeto de preocupación e intervención por parte de los publicistas católicos. Fue la primera década del siglo XX la que presenció esta formulación de la obrera, pues con anterioridad no encontramos relatos tan elaborados al respecto en los escritos católicos. Echarri lo expresaba muy acertadamente, aunque lo entendía en términos de descubrimiento de una realidad hasta el momento desconocida, cuando afirmaba, en una conferencia impartida en Pamplona en 1912, que “la parte del pueblo que más necesita ayuda es la pobre obrera. Hace unos años nadie pensaba en ella, nadie defendía sus intereses, nadie pedía el derecho de vivir para ella”<sup>30</sup>. O, haciendo referencia a su folleto-novela *Diario de una obrera*, reconocía que, de haberlo escrito unos años antes, “hubiese sido recibido con cierta indiferencia, sobre todo entre el elemento femenino, porque había poco movimiento social, y por lo general, eran contadísimos aquellos a quienes interesaba la vida de la obrera, casi desconocida, por no decir del todo”<sup>31</sup>. Lo que no apreciaba Echarri era que ella misma constituyó una pieza clave en la creación de ese interés por la obrera, o mejor dicho, en la definición de la obrera como un sujeto susceptible de atención y necesitado de protección y ayuda.

Otra novedad que presentaban estos relatos de los reformistas sociales católicos, a diferencia de los anteriores, radicaba en el análisis minucioso de la situación de las trabajadoras efectuado, que correspondía a una metodología de observación del entorno social, y de descripción veraz y pormenorizada del mismo. De hecho, la asunción del principio y la práctica

30. ECHARRI, María de: “Conferencia a las señoras de Pamplona”. En MARTÍN GAMERO, Amalia: *Antología del feminismo*, p. 186.

31. ECHARRI, María de: *Diario de una obrera. Folleto de propaganda social*. Sevilla, El Correo de Andalucía, 1912.

del reformismo social, independientemente del planteamiento ideológico mantenido por los reformistas, se habían producido en estrecha conexión con la emergencia y consolidación de la sociología y la economía como ciencias sociales. El ámbito católico también asimiló los principios básicos de las ciencias sociales emergentes, y se impulsaron colecciones que publicaron estudios y traducciones cuyo fin era informar, con una pretensión de cientificidad, de una realidad social cuya urgente reforma exigía la activa implicación de los católicos<sup>32</sup>. Para el economista católico Elías de Molins, la situación de la obrera que trabajaba a domicilio, caracterizada por malos sueldos, pésimas condiciones laborales y ausencia de protesta y reclamación, exigía investigar la realidad, y realizar estudios sociológicos basados en la observación fidedigna de la misma para proponer soluciones que resolvieran los problemas detectados<sup>33</sup>. Los escritores católicos emplearon la retórica de la descripción altamente realista para mostrar la incuestionable y cruda realidad del trabajo femenino, sobre todo de las modistas. Un tipo de descripción que apenas se diferenciaba de la realizada tanto por reformistas sociales de filiación política liberal, conservadora o republicana, como por los informadores de la Comisión de Reformas Sociales<sup>34</sup>.

Estas publicaciones, así como las conferencias impartidas por los publicistas del catolicismo social, construyeron y difundieron una imagen de la obrera como un ser débil, víctima tanto de las consecuencias del proceso de industrialización como del egoísmo de los patronos, la inconsciencia social

32. Así, la COLECCIÓN CIENCIA Y ACCIÓN (ESTUDIOS SOCIALES), dirigida por Severino Aznar, se dedicaba, entre otros temas al de “La mujer de hoy que quiera saber a qué atenerse sobre las graves cuestiones que plantean las reivindicaciones feministas, y sobre su responsabilidad y aptitud en la desorganización y explotación a que se halla sometido el trabajo de la mujer”. En ella se tradujo la muy difundida *Iniciativas femeninas* de Max Turmann, así como *Mujer Antigua y mujer moderna (novela feminista)* por el P. Antonio Passivich; *Memorias de una solterona*, por René Bazin; *La mujer en el hogar (Su preparación para la vida y su acción social)*, por Maurice Beaufreton; *El problema social de la mujer obrera*, por Isabel Gnauck-Kühne (este último, que hubiera sido de imprescindible consulta para este artículo, no ha podido ser localizado). *La Paz Social*, 29 (julio, 1909), pp. 385-388.

33. ELÍAS DE MOLINS, José: *La obrera en Cataluña*, pp. 27-31. Elías de Molins había sido jefe de Fomento de la provincia de Tarragona y era presidente honorario de su Cámara Agrícola.

34. Resulta interesante compararlas con las descripciones realizadas por el krausoinstitucionista DE LABRA, Rafael María: *Estudios de economía social*. Madrid, Imprenta de Manuel Muniesa de los Ríos, 1892, o las del liberal conservador ZANCADA, Práxedes: *El trabajo de la mujer y el niño* (prólogo del Excmo. Sr. D. Eduardo Dato). Madrid, Mariano Núñez Samper editor, 1908. Algunas informaciones recogidas sobre las trabajadoras por la Comisión de Reformas Sociales pueden seguirse en ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La ‘cuestión social’ como cuestión de género...”.

de las señoras, y el aprovechamiento de los hombres. En 1906, el padre Vicent detallaba la penosa situación laboral de las “pobres modistas, en las tiendas de confecciones, bordados, etc., (que) trabajan muchas horas, les hacen velar, no les conceden a veces ni un día de descanso semanal. Tienen al año muchos días de paro, ganan un jornal irrisorio, y el cansancio, la explotación y la inmoralidad del taller convierten a éste en proveedor de la prostitución y de la mala vida”. De ahí su propuesta de “salvación” de estas jóvenes, que pasaba por formar una cooperativa del dedal y de la aguja, contando con el apoyo del fundador de las mismas en París, P. Dulac, así como con la colaboración de las damas “ricas de sentimientos generosos de la ciudad”<sup>35</sup>. Y María de Echarri ofrecía multitud de ejemplos que demostraban la explotación sufrida por las obreras de la aguja:

Yo he hablado con varias de ellas, y os daría lástima el oírlas; las hay que trabajan desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, á veces con un intervalo cortísimo para almorzar, y otras regresan á sus casas á las 4 de la tarde, con el sólo desayuno, frugalísimo por lo general, en sus estómagos hasta esa hora, porque como ganan poco, —2,50 el jornal de la que esto me refirió,— no pueden comprar nada con que acallar los clamores del hambres, pues desnivelarían el presupuesto tan exiguo ya...<sup>36</sup>.

El cuadro que se presentaba de la vida de la obrera resultaba desolador, no sólo en relación a su situación laboral sino a sus condiciones de vida en general: jornales exiguos (1 peseta diaria) que apenas daban para comer, ganados después de unas jornadas larguísimas (hasta 18 o 19 horas diarias), “no existiendo proporción entre la ganancia y el pago de las que hacen todo el trabajo”:

El salario de la obrera —dice (el informe de antes)— es pobre, mezquino y no se sujeta a un tipo de precio común para cada clase de artículos. Los intermediarios y los mismos industriales pagan en sus propias casas al obrero escatimando los precios... (...) La jornada de la obrera empieza casi siempre al despuntar el día y sigue hasta llegar a horas avanzadas de l anoche, llegando muchas veces a un grado de intensidad, a un máximum de trabajo y mínimum de descanso que asombra”<sup>37</sup>.

35. VICENT, R. P. Antonio: “Conferencias”. En: *Crónica del curso breve de cuestiones sociales, celebrado en el Centro de Defensa Social de Madrid en 1906*. Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1907, pp. 323-324.

36. ECHARRI, María de: “Acción social de la mujer”, p. 440.

37. ELÍAS DE MOLINS, José: *La obrera en Cataluña...*, p. 29. La anterior cita en ECHARRI, María de: *Conferencia sobre el trabajo a domicilio de la mujer en Madrid*. Sevilla, Tipografía de El Correo de Andalucía, 1909, p. 13.

Jornadas que transcurrían en “una postura imposible de sostener, que la arrojaba extenuada, deshecha física y moralmente sobre pobre lecho cuando ya la labor se escapaba de sus dedos doloridos”; sin descanso ni expansión, ni siquiera los domingos. A esto se añadían unas condiciones de trabajo deplorables (sin luz natural, aglomeración en espacios pequeños), que amenazaban la salud y atentaban contra las normas de higiene:

(...) en un local sin luz, es decir, alumbrado por luz eléctrica siempre, sin ventilación, en una sala en la que se congregaban treinta mujeres, y en la que enrarecía el ambiente el olor á bencina con la cual impregnaban la labor antes de plancharla<sup>38</sup>.

Suciedad, fealdad, tristeza, deterioro físico, envejecimiento prematuro e infelicidad conformaban la deprimente imagen de la vida de las trabajadoras a domicilio:

(...) en otras calles feas, oscuras, apenas alumbradas de noche, en viviendas sucias, sobre la máquina, sobre el bordado, sobre la tela, ven marchitarse día tras día la flor de su juventud, sin que haya una mano compasiva que arroje sobre ella una gota de agua de caridad y de justicia que la dé la vida, que el trabajo horrible á que se ha de entregar le está poco á poco arrebatando!<sup>39</sup>.

Un asunto que suscitó una preocupación cada vez mayor fue la cuestión de la higiene, que se amalgamaba a otro que parecía amortiguarse en el trabajo a domicilio, el de la promiscuidad de los sexos en las fábricas. En la cuestión de la higiene pública, los católico-sociales españoles no hacían sino reproducir las valoraciones del extranjero, y también de otros reformadores sociales españoles. Así, Elías de Molins recogía el relato de hacinamiento, aire cargado, oscuridad y enfermedad del belga Max Turmann:

Gran número de obreras a domicilio pasan todo el día consagradas a la labor en la misma habitación donde han dormido sus hijos; su vida discurre de ordinario en un local insano, pequeño, donde el sol y el aire no penetran jamás. Mal alimentada, respirando una atmósfera viciada, la desgraciada

38. *Ibidem*, p. 14. La anterior cita en p. 17. La prensa católica reproducía el mismo relato en ECHARRI, María de: “Crónica del movimiento católico femenino”. *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, 172 (abril 1909), p. 254.

39. ECHARRI, María de: *Conferencia sobre el trabajo a domicilio...*, p. 10.

obrero, por robusta que tenga la salud, la pierde y sucumbe de anemia o presa de otras enfermedades...<sup>40</sup>.

Y se basaba en las muy similares descripciones realizadas unos años antes por los cronistas del ayuntamiento de Barcelona sobre las dramáticas condiciones higiénicas de las trabajadoras a domicilio:

(...) la falta de luz y de aire, expone a peligros no sólo para la salud del cuerpo, sino que afectan a la moralidad, por la promiscuidad de sexos y de individuos de todas las edades (...) la falta de condiciones higiénicas determina una serie de enfermedades y contagios y una cifra de mortalidad alarmante. (...) En la industria de confección se presentan con triste frecuencia el histerismo y la anemia bajo diferentes formas.

Para refrendar la veracidad de estas descripciones, José Elías remitía a los trabajos llevados a cabo por una serie de estudios de médicos “que gozan de verdadera autoridad científica en Barcelona”, y que facilitaban estadísticas y cuadros, “datos dignos de fe”, sobre enfermedades “profesionales” que sufrían las mujeres obreras, sobre todo las que emplean con exceso máquina de coser, entre las cuales era frecuentes la bronquitis aguda y crónica, las neumonías y la tuberculosis pulmonar<sup>41</sup>. María de Echarri también llamaba la atención sobre la cuestión de la higiene apelando a la autoridad de unos médicos franceses que, al servicio de la Liga de Compradores de París, habían demostrado que la inmensa mayoría de los locales donde trabajaban las costureras a domicilio eran focos de infección (tisis y escarlatina), que podían contagiar las casas de los compradores por medio de las ropas, blusas, delantales y encajes cosidos por las obreras enfermas<sup>42</sup>.

A este profuso y deprimente cuadro de las condiciones de trabajo y de vida de las trabajadoras se añadían otros rasgos, también presentados como fruto de una observación fidedigna del entorno social existente, que derivaban de esa visión de la obrera como una víctima pasiva de unas circunstancias sociales que escapaban a su control. En primer lugar, eran víctimas de la explotación de las casas de moda y de los dueños de talleres, que se aprovechaban de la necesidad y de la abundante mano de obra, para rebajar jornales y para emplearlas a prueba sin remuneración<sup>43</sup>. Eran víctimas asimismo de la actitud egoísta de las señoras consumidoras, que

40. Citando a Turmann, ELÍAS DE MOLINS, José: *La obrera en Cataluña...*, p. 27.

41. DE MOLINS, José: *La obrera en Cataluña...*, p. 33. A esta obra pertenece también la cita anterior, p. 33.

42. ECHARRI, María de: *Conferencia sobre el trabajo á domicilio...*, pp. 28-29.

43. *Ibidem.* pp. 21-22.

exigían tener sus vestidos disponibles en plazos muy cortos, y se beneficiaban de los bajos precios ofertados por algunas casas de moda, sin ser conscientes de las consecuencias que estos comportamientos acarrearían para la salud y vida de la trabajadora de la aguja. Echarrri se valía de “un hecho rigurosamente exacto” para probar “la situación á que con nuestros caprichos llevamos á las pobres obreras”:

La escena una habitación pobremente amueblada — en una cama una jovencilla de unos 20 años, demacrada, moribunda casi, con una tos que le desgarraba el pecho, y que hace estremecer de dolor á su pobre madre que la contempla con intensa amargura... Entra una señora elegantemente vestida á visitarla... se acerca á la enfermita, la interroga con solicitud y cariño, la madre relataba lo ocurrido (...) Una noche quedóse á velar la oficiala en su taller, porque una señora reclamaba con urgencia su vestido... y hubieron de coser toda la noche. A la mañana salió sofocada, extenuada, el frío la sobrecogió y cayó en cama con pulmonía (...) Al concluir la madre su triste relato, levantóse la señora y exclamó: “No quisiera yo ser la que por capricho de estrenar un vestido ha causado tanto daño”. Y entonces la moribunda, con voz apagada y señalando á su visitante, murmuró: “Es ese mismo que lleva usted, señora”<sup>44</sup>.

Y eran también víctimas tanto de la desprotección ante la tendencia al engaño de hombres despiadados y malintencionados como de su propia fascinación por una existencia cómoda. Como víctimas, nunca eran consideradas responsables de las dramáticas situaciones a las que se veían abocadas, y, en consecuencia, sólo podían despertar la compasión de las señoras:

Creo yo que más que despreciar deberíamos compadecer á esas pobres jóvenes alucinadas por el brillo de una existencia cómoda que les ofrecen los que luego las pierden y las abandonan; drama oculto, pero que á diario se representa en la escena populosa de nuestras calles, y que tiene por prólogo una existencia de lujo y bienestar, manchada por el vicio y la deshonra ó en la celda de una cárcel, si la víctima engañada se venga del que explotó su miseria y la cubrió de deshonra, fascinándola en un principio para mejor engañarla<sup>45</sup>.

Por último, las obreras eran víctimas de su propio inmovilismo, carencia de conciencia, desprotección legal, y temor ante un eventual castigo si

44. ECHARRRI, María: “Acción social de la mujer”, p. 440.

45. ECHARRRI, María de: “Crónica del Movimiento Católico Femenino”. *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, 172 (abril, 1909), p. 254.

reclamaban<sup>46</sup>. Se consideraba que todas ellas constituían las razones por las cuales se las había tenido en el olvido y no se había atendido a sus necesidades y reclamaciones. Por un lado, esto producía una imagen de las trabajadoras como seres incapaces de mejorar sus condiciones por sí mismas. Por otra parte, su incapacidad para transformar las penosas condiciones en las que se encontraban justificaba emprender acciones dirigidas a organizarlas y representarlas:

Sin embargo, si es justo ocuparse del hombre, lo sería todavía más el favorecer a la mujer, que porque es menos violenta en sus peticiones, resulta postergada y olvidada (...) He hablando con bastantes, pertenecientes a nuestro Sindicato, y me ha dado lástima la relación que me hacían; y su afán de obtener ayuda y protección en su deseo, me ha animado a solicitarlo para ellas...<sup>47</sup>.

La puesta en marcha de los sindicatos católicos femeninos respondía así, no solamente a un fin explicitado de mantener el orden social y frenar la afiliación a sindicatos socialistas, sino que también era el resultado de estas concepciones en torno a la reforma social y a la obrera:

Los obreros están mucho más atendidos que las obreras; para esta ni hay ley que las proteja, o por lo menos no se cumple... (...) Y sucede este abandono, que tiene su parecido en el extranjero, porque a la obrera no la temen, pues no se declara en huelga, ni esperan de ella nada porque no posee el voto, ante el cual muchos políticos doblan la cabeza y conceden lo que se les pide... Para el obrero protección, disminución de trabajo, aumento de jornal..., para la mujer nada; si se queja, sus quejas caen en el vacío, no las hacen caso. (...) Por eso mismo el Sindicato es un paso, y no pequeño, que se da para proteger a la obrera...; lo que hace falta es que se unan muchas, pues unidas han de luchar mejor...<sup>48</sup>.

En cuanto a su religiosidad, existía una visión de la obrera como todavía creyente, provista de una fe infundida naturalmente, lo cual la hacía más abnegada y bondadosa. Así, *La Paz Social* retrataba a una obrera que,

46. "Las obreras se abstienen de hacer reclamaciones, que tienen la seguridad de que no serán atendidas y las exponen, además, al peligro de sufrir el peor de los castigos, o sea, quedar sin trabajo", ELÍAS DE MOLINS, José: *La obrera en Cataluña*, p. 27 (citado en GARCÍA CHECA, Amelia: *Ideología y práctica*, p. 92).

47. ECHARRI, María de: "A favor de la obrera". *La Paz Social*, 36 (febrero, 1910), pp. 79-83.

48. ECHARRI, María de: "Sindicato de obreras". *La Paz Social*, 34 (diciembre, 1909), pp. 659-663.



en aras del amor a su madre y hermana, llegaba a romper sus relaciones y rechazaba el matrimonio. Desde las páginas de la revista, se consideraba este gesto “de una abnegación singular para un corazón joven que ama y sueña con llevar a cabo lo que para él constituye su porvenir y su felicidad...”. De hecho, era ese sentimiento religioso innato el que les permitía no sucumbir, como habían hecho sus vecinas francesas, a la inmoralidad y a su degradación:

¿Por qué nuestras obreras no caen por lo general en ese fango repugnante en que ha caído la obrera francesa? Buscad en la habitación de esta, sobre su cama, un crucifijo, una imagen de la Virgen... no los hallaréis... Recorred con la mirada el cuartucho humilde de la obrera nuestra... de cien veces, noventa y nueve saludarán vuestros ojos la imagen de Aquel que amaba tanto a los pobres y con ellos quiso vivir, y el cuadro de la Madre, hacia la que se vuelve con confianza en los momentos en que el horizonte se pone más negro y con mayor fuerza aparece el fantasma de la miseria... Esta es la clave de misterio. No queráis darle otra solución...<sup>49</sup>.

Esta visión convivía, sin embargo, con otra que presentaba a las obreras españolas como ignorantes de la fe, si bien tal ignorancia tenía su origen en el desconocimiento y no en las malas intenciones. De ahí que fuera necesario instruir las, catequizarlas y moralizarlas:

Si vierais vosotros que me estáis escuchando la ignorancia religiosa en que viven esas pobrecitas, y la vida que llevan la mayoría porque no comprenden la gravedad de su falta, y prueba de ello es que apenas se les hace caer en ello, asisten á lo que se desea y normalizan su estado, pues no son malas, sino sencillamente ignorantes y apenas si saben los Mandamientos de Dios; si las vierais, repito os darían compasión y desearíais fundar en cada barrio de Valencia las doctrinas, y quitando un poco de vuestro tiempo á las diversiones, lo emplearíais en enseñarlas, educarlas, moralizarlas...<sup>50</sup>.

Estos fueron los contenidos y significados que la publicística católica fue asignando a la trabajadora: ignorante, inmovilista, víctima de abusos de todo tipo, de corazón bondadoso y creyente, amenazada por múltiples peligros y necesitada de protección y ayuda. Y en torno a ellos fue construyendo una imagen de la misma que pasaría a convertirse en un elemento más conformador del catolicismo social que seguía los fundamentos doctrinales de la

49. ECHARRI, María de: “Crónica del Movimiento Católico Femenino”. *La Paz Social*, 40 (junio, 1910), pp. 313-315. La cita anterior, en la misma crónica.

50. ECHARRI, María de: “Acción social de la mujer”, p. 435.



Echarri, María de: *Los misericordiosos*. Novela corta, Biblioteca Patria, Madrid, 1901.

*Rerum Novarum*. Dicha imagen ya no era ni la de la obrera de la fábrica que significaba el desorden sexual y social, ni la de la madre-esposa del obrero que representaba la limpieza, la moralidad, la armonía y el orden social adecuado. Al suavizar las implicaciones que para la feminidad y la maternidad tenía el pernicioso trabajo en fábricas, y al focalizar la atención en la descripción material y realista de la situación laboral y vital de las obreras, se fue fabricando una imagen de la misma que simbolizaba tanto la miseria y explotación más extremas sufridas por los trabajadores, como la incapacidad para actuar de manera autónoma con el objetivo de modificar dicha situación.

Esta nueva definición de obrera formulada siguiendo los procedimientos de observación realista y explicación social de las condiciones vividas por los trabajadores, permitió que comenzara a aplicarse a las obreras la noción

de derecho a una vida y salario dignos. Estaba claro que cuando se hacía referencia al concepto cristiano de “trabajo como destino natural del hombre y uno de los fines racionales de su existencia” que difundía la encíclica papal se tenía en la cabeza a un trabajador varón, pues el destino de la mujer, aunque trabajara, era el hogar y la maternidad<sup>51</sup>. Sin embargo, hubo propagandistas, como María de Echarri, que comenzaron a conceptualizar también a las trabajadoras de esta manera. El hecho de que se aplicara a unas obreras, las de la aguja, supuestamente inmunizadas frente a los peligros para la feminidad ideal asociados al trabajo en la fábrica (lejanía del hogar, promiscuidad sexual, pérdida de atributos femeninos) da cuenta de que la diferencia sexual, aunque más atenuada que en la formulación de la obrera como esposa y madre, permeó la aplicación de la noción de trabajador a las mujeres. El resultado fue no tanto dejar de pensar a la obrera como madre de familia sino hacerla compatible con una nueva visión de la trabajadora entendida como un trabajador más en cuanto a la explotación sufrida y a los derechos que le correspondían.

Por lo tanto, si bien el derecho a un trabajo digno entraba en contradicción con la naturaleza y los deberes sociales de la mujer, ambos estaban dejando de ser incompatibles, como prueba el hecho de que se aceptara añadir a la solución general de procurar devolver a las mujeres al hogar doméstico, el de reducir las consecuencias negativas del trabajo de las mujeres sobre la familia y sus funciones dentro de ella. Sólo al verlas de esta manera Echarri pudo denunciar la situación en la que se encontraban calificándola de explotación, y comparándola con la esclavitud ya abolida:

Y con esas dos pesetas habían de vivir las tres, y para la casa, al precio que se pagan en Madrid, los cuartuchos inmundos, indignos de que lo habiten seres humanos, sin luz ni ventilación, en los cuales no hay derecho, —y no lo hay Señoras y Señores, porque Dios nos ha mandado otra cosa en relación á nuestras hermanas obligadas a trabajar para comer— á tener á seres racionales, tratadas mil veces peor que algunos animales (...) ¡El tráfico de los esclavos se abolió, es verdad, pero no menos repugnante, no menos antihumano (...) es el tráfico actual de esos esclavos del hambre, encadenados con la cadena de la miseria que más duramente los privan de libertad, que las cadenas de hierro privaban á los esclavos de los tiempos que pasaron!<sup>52</sup>.

51. La cita pertenece al Congreso de Tarragona. Reproducido en MONTERO, Feliciano: “El primer catolicismo social español...”, p. 131.

52. ECHARRI, María de: *Conferencia sobre el trabajo á domicilio*, pp. 17 y 20.

4.—*María de Echarri: testigo y voz de las obreras*

Como puede comprobarse, fue la propagandista católica María de Echarri una de las figuras del catolicismo social que más contribuyó, con sus novelas, traducciones, conferencias, artículos y folletos, a crear estos significados concretos en torno a la obrera. María de Echarri elaboró un relato sobre las obreras a domicilio que podríamos insertar dentro del tipo de narración de los publicistas católico-sociales citados como Van Tricht, Elías de Molins y otros. Sin embargo, Echarri se distinguió por la adopción explícita y constantemente reivindicada del papel de testigo, de observadora directa de las informaciones que sobre la realidad de la obrera saturaban sus conferencias, un aspecto que tendría efectos importantes a la hora de rearticular la identidad de las damas de caridad como “mujeres sociales” implicadas en la acción social a favor de la obrera. A través del recurso al testimonio, a lo visto y experimentado de primera mano, a dramáticos ejemplos concretos y personales, Echarri buscaba persuadir a las señoras católicas de la verdad y crudeza de una realidad terrible e incuestionable. Una realidad que hablaba por sí misma, a la que tan solo había que escuchar, y que exigía una urgente intervención para modificarla. En todas sus conferencias, María de Echarri se afanaba por convencer a su auditorio de la realidad de las historias relatadas, que no eran “fantasías, que no son exageraciones (...), que no es novela”, sino “tristísima realidad”. Un carácter de realidad que se lo confería la visión o escucha directa de los hechos relatados. Dicho de otro modo, su entidad de verdad era incuestionable en tanto en cuanto “en primera persona me lo han referido á mí las pobres víctimas, lo que os cuento lo he visto yo por mis propios ojos...”:

Para que se cercioren todos de los que aquí me escuchan, de que son verdad mis palabras, os voy á relatar unas cuantas visitas hechas con objeto de ver por mí misma aquello de que quería hablar. Los hechos tienen mayor elocuencia que las frases, y hechos positivos, auténticos, son los que os cito á continuación<sup>53</sup>.

Y se lanzaba a relatar pormenorizadamente casos concretos vistos por ella u oídos directamente a las obreras: el de la madre y cuatro hermanas, bordadoras de juegos de cama y servilletas, a quienes pagaban 6 pesetas por servilleta y luego en la tienda las vendían a 35; el de unas pobres mujeres a las que se pagaban 10 céntimos por sábana, a lo que habían de descontar 10 reales semanales del plazo de la máquina de coser, y que de-

53. ECHARRI, María de: *Conferencia sobre el trabajo á domicilio...*, p. 12. La anterior cita, en la misma obra, p. 20.

bían de hacer frente a la competencia de otras costureras que aceptaban 5 céntimos por sábana; el de tres hermanas que hacían encaje de bolillos, y que, por un juego de cama realizado en un mes, habían cobrado 30 pesetas (1 peseta diaria); o el de la obrera dedicada a hacer corsés, único sostén de su hermana viuda y una niña de ocho años, que por cada corsé (cuatro días de labor) cobraba ocho pesetas, y que luego vendían por 25 duros. Seguidamente, Echarri desvelaba, a los señores y señoras católicos que constituían su auditorio en la Semana Social de Sevilla de 1908, a cómo pagaban en Madrid los ojales, una guerrera, una camisa o un pantalón, cuánto tiempo tardaban las costureras en rematar cada confección, las horas que invertían en ello, y el jornal diario resultante, y contrastaba con los precios a los que se vendían en los comercios las prendas reseñadas.

Además, se presuponía que esta aprehensión directa de las condiciones laborales de las obreras, entendida como el momento de desvelamiento de una realidad a la que antes no había tenido acceso, suscitaba un sentimiento más intenso que el despertado por un tipo de conocimiento más “indirecto”:

(...) verdad es que hasta ahora me limité á *compadecer* de palabra, pero no había visto lo terrible que en estos casos es la realidad (...) Vengo con el alma llena de indignación, con el corazón impregnado de angustia. Como os decía en un principio, yo no sabía que existiesen tales horrores (...) <sup>54</sup>.

Por otra parte, este carácter de mayor verdad porque se ha vivido directamente, así como el sentimiento que había despertado en la autora, pretendía conmover ante la desgracia, la amargura, la explotación de las obreras, despertar en los corazones de las señoras la misma compasión que ella había sentido:

Ya sabéis, pues, a lo que he venido... No por mí, pero sí por aquellas en nombre de quienes voy a hablaros, escuchadme con atención... teniendo en cuenta que no soy sino una compañera vuestra, una amiga que os viene a contar lo que ha visto y desea que sintáis lo mucho que ella ha sentido (...) <sup>55</sup>.

En realidad, el objetivo de sus novelas y conferencias conmover a las señoras católicas, despertar su misericordia y compasión de una manera más directa y comprometida, convirtiéndolas en socialmente conscientes. María de Echarri reconocía dirigirse “principalmente a las señoras. Y a las

54. *Ibidem*, pp. 6, y 11-12.

55. *Ibidem*, p. 6.

señoras católicas, que son las que pueden remediar el mal que voy a tratar de señalar en estos renglones, y que tengo por cierto que lo harán, con mayor ahínco que lo hicieron hasta ahora”<sup>56</sup>.

A esta manera realista y apegada a unos hechos considerados verdaderos por la aprehensión directa de la que habían sido objeto, subyacía una concepción de la situación de las obreras que ya no era resultado de deficientes atributos morales individuales sino de condiciones sociales adversas. De hecho, aunque Echarri seguía manteniendo que la cuestión social tenía unos orígenes morales, lo material empezó a tener una fuerte presencia en sus explicaciones, así como en las de otros católicos sociales. Se apuntaba, como causas de esta situación de hambre y miseria, a la explotación laboral a la que los comerciantes y dueños de talleres sometían a las trabajadoras. La pobreza material conducía a la caída moral, a la desesperanza, la prostitución y el suicidio. Aunque lo material y lo moral estaban íntimamente ligados, y su relación causa-efecto no siempre se establecía de manera nítida, se fue imponiendo la idea de que el hambre y la miseria llevaban a la inmoralidad. Si no se contaba con la religión, opinaba Echarri, no se podía soportar con dignidad la pobreza. De ahí que la religión fuera tan importante, porque servía de freno para la inmoralidad:

(...) el hambre hace perder toda noción de moralidad; sobre todo si no se basa en la religión, única que puede contener en la pendiente del vicio á la jovencilla que, ansiosa de gozar al igual de sus semejantes mimadas por la fortuna, se desespera y se revuelve contra los hierros de su prisión, en la cual no penetra nunca un solo destello de consuelo y de felicidad<sup>57</sup>.

Aunque la moralidad, vinculada a la religión, podía frenar las consecuencias de la miseria (prostitución, pérdida de dignidad, etc.), ésta era producto del hambre cuya causa, a su vez, residía en la explotación de los trabajadores. Desde luego, el alma peligraba, pero como consecuencia de la miseria, con lo cual, la responsabilidad era más social y colectiva que individual, de manera que la culpa no se atribuía a la obrera:

(...) es el alma la que está en juego, el alma de esas desdichadas, que arrastradas por la miseria, por el excesivo trabajo lo abandonan para entregarse al vicio que las halaga, que las da de comer! Y la Sociedad es tan injusta que luego las condena, luego las rechaza, y una gran señora arrojaría de su casa con indignación a la obrera que hubiera caído y des-

56. ECHARRI, María de: *Diario de una obrera*.

57. ECHARRI, María de: “Crónica del Movimiento Católico Femenino”. *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, 172 (abril, 1909), p. 253.

honrado su nombre, cuando tal vez fue ella la culpable, ella que en lugar de preocuparse de la suerte de sus hermanas las precipita en el camino de la perdición!<sup>58</sup>.

### 5.—Conclusiones

El análisis propuesto sugiere tanto la integración de los significados de género en el estudio del catolicismo social español como la adopción de enfoques superadores de interpretaciones clásicas, que explican el catolicismo social como el último intento por parte de la Iglesia de atraer a los trabajadores a su esfera de influencia, y como producto de la reacción clerical, plenamente consciente y planificada, frente al empuje y competencia del socialismo y el sindicalismo de izquierdas. En el caso más concreto aquí analizado, el de los católicos sociales españoles y la cuestión social, se presenta una vía interpretativa complementaria a la anterior, según la cual los reformistas católicos sociales actuarían inmersos en unos marcos conceptuales en transformación, a veces compartidos por otros planteamientos ideológicos. Desde este enfoque, se insiste en que sería erróneo preguntarse cómo afrontaron la problemática de las trabajadoras dentro de la cuestión social. En su lugar, más bien habría que indagar en cómo la fueron conformando a raíz de la incorporación de nuevos significados a viejos conceptos como el de sociedad.

En dicha formulación de la “cuestión social” tuvo un papel central la definición (o definiciones) que los publicistas católicos fueron elaborando de la obrera y la familia, articuladas en torno a la diferencia sexual, con contenidos muy similares a los manejados por otros reformistas sociales. Tales definiciones, y los significados que desencadenaron, sirvieron para hacer referencia a la dimensión moral de la cuestión social, al orden social adecuado y a la miseria y explotación de la clase obrera. Los reformadores entendieron que la cuestión social constaba de una dimensión moral esencial. Todos ellos concibieron que las condiciones de vida material de la clase obrera, deplorables y míseras, estaban intrínsecamente ligadas a un deterioro de las pautas de comportamiento moral y social, que, en el caso de los católicos, significaba también espiritual y religioso. Esta dimensión moral de la cuestión social fue representada de una manera muy clara y cómoda por medio de la inclusión de la familia como elemento central de dicha cuestión social. Si el problema social era también un problema moral, y la familia era vista como regulador natural de la moral, la intervención

58. ECHARRI, María de: “Acción Social de la Mujer”, p. 441.

había que dirigirla no sólo a la economía sino también a la familia<sup>59</sup>. Para resolver la cuestión social era necesario restaurar la vida en familia obrera y esto implicaba reforzar la diferencia sexual, de ahí que se conceptualizara el trabajo asalariado como incompatible con los deberes domésticos de las mujeres —muy especialmente la maternidad—, que eran presentados como inherentes a la naturaleza femenina.

Por lo tanto, una de las definiciones presentadas de la obrera que acabó imponiéndose fue la de la esposa y madre de la familia obrera, que significaban el orden, la limpieza, y la resolución del problema social en sentido amplio. La otra definición, ligada a métodos de observación y presentación de la realidad social derivados de las emergentes ciencias sociales, en cuya elaboración y difusión participó María de Echarri, se centró en las obreras de la aguja. Estas representaban una solución pragmática al problema de la “mujer que trabaja”, pues conservaban atributos de feminidad y domesticidad, que las alejaban de los peligros del trabajo en fábricas, y del desorden social y sexual que este comportaba. En el discurso católico de comienzos de siglo pasado fueron estas dos visiones de la obrera las que se impusieron, eliminando casi por completo el protagonismo que los reformistas sociales decimonónicos habían otorgado a las desnaturalizadas mujeres trabajadoras en las fábricas, emblema del desorden social en tanto en cuanto no respetaban ni la jerarquía casa/trabajo ni la separación hombres/mujeres.

Mientras que la diferencia sexual encarnada tanto en las esposas y madres como en los obreros productores representaba el orden y armonía social a los que había que aspirar; las obreras de la aguja simbolizaban la explotación y miseria más infames. Al haber quedado atrapadas en situaciones no deseadas, fruto de un entorno social que escapaba a su control, sólo podían despertar compasión y necesitar ayuda para mejorar sus condiciones laborales y vitales. En estos mismos términos en los que imaginaron a la obrera, los reformistas católicos entendieron que funcionaba la problemática social, y en razón de ello diseñaron sus prácticas de intervención para solventarla.

59. Como habían hecho los economistas políticos franceses desde mediados del siglo XIX. En SCOTT, Joan W.: “‘L’ouvrière...’”, p. 147.